

## LA VIOLENCIA EN EL SIGLO XVII; LOS PIJAO

Escribe: MANUEL LUCENA SAMORAL

A principios del siglo XVII sufrían los habitantes de las poblaciones fundadas en los hoy departamentos de Huila, Tolima y parte de Valle, Cauca y Caldas, uno de los mayores azotes de toda su historia colonial: los Pijao. Estos indios belicosos, antropófagos y valientes, habían decidido no permitir que los españoles colonizaran en sus tierras y luchar encarnizadamente para exterminar todo aquel, español o indio, que intentara establecerse en su medio geográfico, que comprendía desde cerca de Ibagué al Río Páez, y desde el Magdalena y Saldaña hasta las estribaciones de la cordillera, hacia Cartago, Buga y Caloto. Su guerra contra los invasores databa de los tiempos de la conquista, cuando el Adelantado, don Sebastián de Belalcázar, pasó por sus proximidades con dirección a Bogotá y sufrió ya algunas bajas. Desde entonces se habían organizado 49 expediciones militares para acabar con estos indios o establecer algunas poblaciones en su territorio, sin resultado alguno. Las 49 habían fracasado, dejando un saldo de muertos de 400 españoles, en decir de Fray Pedro Simón (1), que bien sabía de estas cosas, pues fue combatiente en dicha guerra durante algunos meses.

Pero no vamos a ocuparnos ahora de la contienda que terminó con los Pijao, de la que ya hablaremos en otra ocasión, sino de algo que consideramos del mayor interés humano: la situación de los habitantes de estas regiones, poco antes de iniciarse la campaña formal contra los indígenas, cuando estos estaban todavía con su moral de victoria de haber derrotado a una cincuentena de capitanes españoles y se enseñoreaban de sus tierras y aun de las ajenas, pues no había una fuerza capaz de contenerlos.

¿Cuál era la situación moral de los habitantes de la república de los españoles, peninsulares, criollos, mestizos e indios amigos, en estos lugares? Es algo que se sale de las acciones brillantes, tanto de los indígenas como de los españoles, y que la Historia ha silenciado, pese a ser un hecho que se ha repetido mil veces y en mil países. Es esa situación en la que unos hombres se han afincado en la tierra de otros y han tratado de ponerla en producción, dedicando a este menester todas sus fuerzas, todos sus ahorros, todos sus años de vida y aún los de la vida de sus descendientes, y de pronto, de la noche a la mañana, se ven atacados y reducidos a unas posiciones mínimas frente a los verdaderos dueños de la tierra, que ansían su libertad por su libertad, no porque

en realidad vayan a mejorar con su trabajo lo que otros hacían, ni porque la tierra no pueda dar para que todos coman. Hoy este cuadro se ha trasladado de continente y nos sería fácil identificarlo en muchos países africanos. Pero su problemática es una constante en la Historia y nace con los primeros pioneros del mundo, con los primeros colonizadores. Quizá, en el fondo, sea una lucha de supervivencias, porque los pioneros, con su mecánica cultural avanzada, terminan siempre por exterminar a los habitantes autóctonos, y un sexto sentido advierte a estos de la necesidad de luchar contra los invasores, antes de que estos acaben con ellos.

A principios del siglo XVII, como decíamos, este cuadro se circunscribe a una tierra neogranadina que tiene como eje la Mesa del Chapparral, en el corazón del Tolima. Los Pijao habían terminado, directa o indirectamente, con doce poblaciones que los españoles quisieron construir en sus dominios: El Escorial, Santiago de la Frontera (fundada dos veces), Medina de las Torres (fundada tres veces), San Miguel de Pedraza, y cinco ciudades más que se edificaron en el valle de Neiva, de las que dos eran la Villa Vieja y la ciudad de Los Angeles. Un documento fechado en 1610, que hoy se conserva en el Archivo General de Indias, nos informa detalladamente de esto, así como del despoblamiento de otras dos ciudades, San Sebastián de la Plata y San Vicente, en la provincia de los Páez:

“...han despoblado por fuerza de armas catorce pueblos de españoles, en la mejor, más fértil y rica tierra, como es la de la provincia de Páez, donde se perdieron San Sebastián de la Plata, que de la que abunda della tomó el nombre, y San Vicente de Páez, y en el valle de Neiva, la Villa Vieja y de los Angeles, y otras tres reedificaciones y en los términos de la ciudad de Ibagué se fundaron cinco poblaciones, en la Mesa de Chaparral, y en el río de Tetuán y en la quebrada Escorial y en la de Ortega y en la ribera del Coello, y otras dos que en la misma comarca tornó a poblar el gobernador Mojica” (2).

Pero la moral de victoria de los Pijao no se va a detener aquí, pues al verse triunfantes y sin enemigos sensibles, atacan las tierras y arrabales de otras ciudades más importantes y lejanas, en las que también siembran el pánico:

“... y en las de Timaná, Ibagué, Cartago, Buga y Caloto, que son fronteras, que han quedado dismanteladas, sin indios de servicio, ni hacienda” (3).

Para contener de alguna manera estos ataques los vecinos de las ciudades acuden al rearme, que ocasiona infinitos gastos, imposibles de reponer, pues las tierras quedan sin brazos: nadie se aventura a trabajar lejos de las ciudades. El aumento de gastos y la disminución de ingresos, más armas y menos pan, ocasionan la ruina de las ciudades, que comienzan a despoblarse, ya que los vecinos no pueden sostener aquella angustiosa situación:

“... muertes y salteamientos que rigurosamente executaban (los Pijao), como lo hicieron en las ciudades de Ibagué, Buga y San Sebastián



de la Plata y otras partes, llevándose muchas personas vivas y matando otras, dejando abrasados los pueblos con muchos incendios que hacían los dichos indios, y en todas las comarcas, hatos y haciendas, tanto que para sustentarse con los gastos que hacían los dichos pueblos en velarse y prevenirse con instrumentos de guerra, que eran necesarios, vivían muy gastados, pobres y necesitados, y siempre estaban con ánimo de desamparar y dexar sus vecindades y haciendas" (4).

Ha cesado la agricultura, la minería y la pequeña industria, pero aún falta algo más, que convertirá a estas ciudades en aisladas del resto del Nuevo Reino: el comercio. Los traficantes sufren frecuentemente ataques de los indios, que les roban sus mercancías y incluso las vidas. Esto obliga a montar cada expedición comercial por estas tierras como una campaña guerrera, reclutando soldados y comprando armas. Los artículos se encarecen excesivamente, pero es el único medio de sostener el tráfico:

"... los caminos reales que van del Nuevo Reino de Granada al del Perú y otras partes, a donde solían hacer tan grande estrago en los pasaxeros, que era mucha lástima y compasión, y no los atrevían a pasar sin que se juntasen grandes tropas de doce a veinte hombres arriba, con hombres y municiones en escoltas y con caballos, velándose cada noche y aún muchas veces, no aprovechando este cuidado, porque este testigo (Juan de Ortega Carrillo), pasó cuatro o cinco veces de Timaná a Santa Fé y de Santa Fé a Timaná, y siempre pernoctaba en la forma subsodicha, y vido en Timana hombres heridos por los dichos indios, y supo de otros que habían muerto, y de robos y salteamientos que hacían en mulas y caballos y mercadería" (5).

Pese a todas las precauciones y prevenciones, los Pijao siguen asaltando a los comerciantes, aunque estos vayan con tropas, terminando por paralizar el pequeño tráfico de mercancías:

"... porque una vez que salió de Tocaima (Fernán de Villareal) con cinco compañeros y cinco escopetas, en el sitio de las Fortalecillas le salieron una noche cantidad de pijaos y les tuvieron ganados los toldos a manos, si no tuvieran tan grande prevención y ánimo, porque duró la guazabara mas de dos horas, por lo cual fue este testigo y sus compañeros con mucho cuidado y trabajo, para entrar en Timaná, y el mucho riesgo padecían tan de ordinario todos los pasajeros, que muchos se escusaban de salir de sus casas, y a sus contrataciones, aunque tenían que hacer, y les era fuerza hacer viajes, por las muertes, robos y excesos que de ordinario subcedían en los dichos caminos" (6).

Toda actividad está paralizada, los habitantes de las ciudades amedrentados y los indios victoriosos. En Santa Fe unos gobernantes leguleyos son incapaces de socorrer a los sufridos ciudadanos de Tocaima, de Timaná, de Ibagué, de Buga, de Cartago, que heroicamente resisten las acometidas indígenas, incommunicados de la Gobernación de Popayán, de la Audiencia de Quito y de la Audiencia de Santa Fe. Todo hacía presagiar el caos, el final del poblamiento y el abandono total de todo intento de establecimiento, cuando de pronto surgió la esperanza en la figura del nuevo Presidente, recién nombrado, que rompía todas las tradiciones existen-

tes sobre un mandatario togado. Se había elegido un Presidente de capa y espada, el primero que tuvo el Nuevo Reino, que llegaba a Cartagena con una Ordenanza Real en la que se le mandaba pacificar definitivamente a los indios Pijao. Era don Juan de Borja, quien ha pasado a la historia colombiana con el sobrenombre de "Padre de la patria", y que iba a emprender una acción sistemática de exterminio de los indios Pijao. ¿Se excedió en su cometido? ¿Sacrificó inútilmente las vidas de los Pijao? Nuestra fría mentalidad del siglo XX podría intentar el estudio ético de su acción, basándose en la ética de nuestro tiempo, pero estamos seguros que las conclusiones habrían escandalizado a una mentalidad de un vecino ibaguereño de 1605 para el cual las premisas eran muy distintas y basadas en elementos primarios: la vida, la tierra y el trabajo.

#### NOTAS

- (1) Simón, Fray Pedro: *Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá, 1953. T. VIII, pg. 177.
- (2) (3). Archivo General de Indias, Santa Fe 18. Informe del Presidente, don Juan de Borja, sobre la guerra de los Pijao, de fecha 25 de mayo de 1610.
- (4) (5) y (6). Archivo General de Indias, Patronato 196, 20. Informe de la Visita del Oidor Juan de Villabona Zubiaurre sobre la guerra de los pijao, de fecha 25 de abril de 1613.